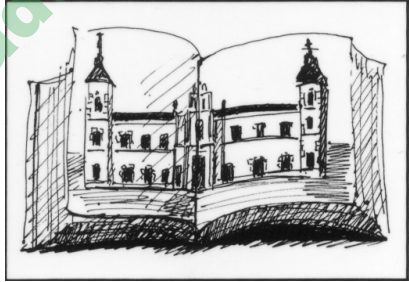


www.cuadernosdelaberinto.com



COLECCIÓN LA VALIJA DIPLOMÁTICA

www.cuadernosdelaberinto.com

JAVIER GARRIGUES

El último capítulo

Prólogo: JOSEP PIQUÉ



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

— LA VALIJA DIPLOMÁTICA, n°62—

MADRID • MMXXI

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © JAVIER GARRIGUES

Del prólogo © JOSEP PIQUÉ

De la edición © Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: PALOMA SERRA ROBLES, MARÍA VENEGAS GRAU y JAVIER RUPÉREZ RUBIO
Colección fundada por ALONSO ÁLVAREZ DE TOLEDO Y MERRY DEL VAL

Ilustración de cubierta © JAVIER GARRIGUES

Diseño de la colección: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Primera edición: Agosto 2021
I.S.B.N: 978-84-123537-5-4
Depósito legal: M-22916-2021
Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

www.cuadernosdelaberinto.com

Para Pilar

www.cuadernosdelaberinto.com

JAVIER GARRIGUES Y EL PENÚLTIMO CAPÍTULO

Conocí a Javier Garrigues durante mi etapa al frente del Ministerio de Asuntos Exteriores. Su posición como Secretario General y Director General Político fue de enorme ayuda. Me llamó la atención su discreción, su eficacia y su rigor.

Unas cualidades nada diferentes, seguramente de forma casual, de las que adornan al protagonista de esta magnífica novela, el embajador Pablo Guzmán de Egea. Además, su trayectoria como diplomático no difiere sustancialmente de la del autor. Coincidencias, sin duda, también casuales...

Alguien, consecuentemente, podría pensar que se trata de una novela autobiográfica. Y esa interpretación tendría sentido. Sin embargo, hay en Pablo Guzmán de Egea aspectos que lo hacen singular y que no estoy del todo seguro que pueda compartirlos con Javier Garrigues. Sí su humildad respecto al alcance de su misión profesional o su sano escepticismo, pero no, desde luego, en lo que se refiere a su percepción del alcance real de los acontecimientos que nos ha tocado vivir.

Pablo argumenta que no se enteraba en realidad de la trascendencia de los hechos hasta bastante después de haberse producido. Javier es un fino analista de la realidad geopolítica, con múltiples perspectivas, y su percepción era, hasta donde yo vi, muy ajustada

a la valoración objetiva y serena de las diferentes situaciones que hemos vivido.

Es cierto que la humildad es una característica imprescindible para no equivocarse. De la misma manera que la soberbia es el mejor camino para el fracaso y el error. De hecho, episodios tan trascendentales para la historia reciente de la humanidad, desde el inicio de la Gran Guerra de 1914, al imparable ascenso de los totalitarismos en el período de entreguerras, pasando por la caída del Muro de Berlín o el colapso subsiguiente de la Unión Soviética, han sido, por las circunstancias y el momento de producirse, sorpresas evidentes, más allá de algunos visionarios con escasa proyección social y política. Ni los Gobiernos ni sus servicios de inteligencia fueron capaces de prever de forma consistente lo que tales hechos suponían.

Es verdad que, *a posteriori*, todos encontramos explicaciones a lo inesperado, pero cuando eso se aplica también a la crisis financiera del 2008, o a la del euro y la deuda en el 2011 o, por supuesto, a la pandemia del covid-19, pasando por las malhadadas «primaveras árabes» o la irrupción increíblemente rápida de China como aspirante al liderazgo global, la lección a aprender es clara.

Entender la dinámica del cambio geopolítico global no es nada fácil. Probablemente también por la ausencia de perspectiva que se deriva de vivirla en tiempo real y como afectados directos, más allá de ser meros espectadores desde la distancia.

Pablo Guzmán de Egea, probablemente, desea transmitir esa angustia ante lo difícilmente interpretable y el reconocimiento de nuestras evidentes limitaciones.

Es, pues, una inteligente y lúcida reflexión, más allá de las decepciones personales o los contratiempos que uno debe afrontar a lo

largo de su vida, que permite que, al final de nuestras vidas profesionales, no se caiga en la intolerancia o el dogmatismo.

Pablo es un personaje complejo, lleno de matices, que no se engaña a sí mismo, con experiencias vitales muy remarcables. Pero, fundamentalmente, es una buena persona. Algo que uno va valorando a medida que avanza en su trayectoria vital y que, como intento humildemente que sea mi caso, pretende transmitir a sus hijos y que fundamenta una relación honesta y sólida con las personas a las que quieres.

Pero hemos quedado en que no hablamos de una autobiografía sino de una novela, aunque sea con tintes claramente autobiográficos. Debo decir que, literariamente, está muy bien escrita, con una trama que engancha hasta el final y que hace que se desee seguir leyendo hasta ver cómo acaba. Algo que, lógicamente, no voy a desvelar.

Pero es también cierto que uno se queda con las ganas de saber más sobre el personaje y los avatares de su vida.

Espero que el otro protagonista de la novela, Antón Flores, interlocutor del viejo diplomático, al que ayuda a componer y dar orden a su torrente de ideas, nos permita en el futuro no quedarnos con la sensación de que hace falta darle continuidad a la historia relatada. Y ofrecer luz sobre algunos aspectos que, por las circunstancias, quedan opacos u ocultos para el lector. La curiosidad no tiene límites y la novela la azuza en cada una de sus páginas, mostrando además la complejidad de las relaciones entre dos personas que, por edad, podrían ser padre e hijo, cada uno de ellos con sus propias vicisitudes personales, profesionales y afectivas. Los retratos de ambos son muy atractivos y llenos de matices.

Una última reflexión: la novela nos muestra una vez más que la complejidad es consustancial a nuestras vidas y a nuestras tomas de decisiones. Y hoy ese reconocimiento —y elogio— de la complejidad es más necesario que nunca en unos momentos en que el debate público viene dominado por la simplificación interesada y el abono de posiciones confrontadas para la conquista o el mantenimiento del poder.

Características que alimentan los populismos de todo signo y que acaban debilitando nuestros sistemas democráticos y los principios de la Ilustración que alumbraron la libertad, la igualdad y la solidaridad y que protegen a las personas individuales de los eventuales abusos y arbitrariedades por parte del poder político.

Por todo ello, creo que Javier, a pesar del título, nos debe un último capítulo que nos aporte luz y certidumbre. Algo que ahora queda a menudo sepultado por la ofuscación, la oscuridad y la inseguridad de estos tiempos tan turbulentos.

El último capítulo es, en mi opinión, el penúltimo. Javier nos debe algo que, por otra parte, ha hecho durante toda su vida. Transmitirnos toda su experiencia, su sabiduría y su lucidez. Esperamos ansiosos otra novela que continúe la aportación intelectual de esta que ahora el lector tiene en sus manos. Y que le aseguro que disfrutará. Desde luego ha sido mi caso.

JOSEP PIQUÉ

Ministro de Asuntos Exteriores del Reino de España (2000-2002)

EL ÚLTIMO CAPÍTULO

www.cuadernosdelaberinto.com

www.cuadernosdelaberinto.com

CAPÍTULO 1

Cuando sonó el teléfono, Antón estaba pintando. Tenía el móvil en el bolsillo del pantalón y las dos manos ocupadas con pinceles y paleta.

«Siempre tienen que llamarme en el momento más inoportuno», pensó, y dudó si cogerlo o no. Seguro que era para tratar de venderle algo. Pero podía ser algo importante o, a lo mejor, esa chica tan mona que había prometido llamarle. Para cuando tuvo las manos libres y pudo sacar el móvil, ya habían colgado. «Como siempre». Vio que la llamada perdida era de una de sus jefas y la llamó enseguida.

Comunicaba, pero al rato recibió un WhatsApp: «Hola, Antón. ¿Nos vemos dentro de una hora en el sitio de siempre en Matadero? Te espero. Beso».

¿Qué pasaría? Era muy raro que Serena le citara así, tan de repente. Pero le daba tiempo. Desde hacía poco vivía con su chica en un piso que le habían dejado en el Pico del Pañuelo, una colonia de los años 50 en el madrileño barrio de Legazpi, a pocos metros de Matadero.

Se dio una ducha rápida y al secarse se echó un vistazo de reojo en el espejo. Le gustaba comprobar que, a sus 30 años, conservaba un físico delgado y atlético. Lo que desde luego no conservaba era todo su pelo y, por eso, evitaba mirárselo. Poco quedaba ya de su

abundante cabellera negra. Se miraba, eso sí, a los ojos, que siempre habían sido su punto fuerte. Eran grandes, verdosos y ribeteados de densas pestañas negras que daban intensidad a su mirada. Gracias a ellos, y pese a no ser ni mucho menos guapo, Antón resultaba atractivo, y lo sabía.

Se despidió de Sue sin dar muchas explicaciones. Eso era lo que más apreciaba de ella, que le dejaba muy libre y no pretendía controlar todos sus movimientos. Cuando ya estaba cerrando la puerta, la oyó:

—Poco te ha durado el interés por la pintura.

Y, al bajar por la escalera, se dijo que, en efecto, lo suyo con la pintura estaba condenado a muerte. Le había divertido la idea de intentarlo porque el dueño del piso, un pintor sevillano amigo suyo, le había animado, prestándole sus bártulos y un lienzo viejo. Pero la cosa no tenía futuro. Más le valdría dejarlo cuanto antes y volver a la escritura.

La verdad es que escribir, escribir, no escribía mucho. En su trabajo actual lo que más hacía era leer y corregir pruebas para la editorial de dos amigas sevillanas, que sobrevivían a duras penas en el mercado madrileño. Lo primero que hizo al bajarse del AVE, al que se había subido sin pensarlo demasiado, decidido a probar suerte en Madrid, fue contactar con Serena y su hermana, Socorro. Ellas fueron su salvación. Le dejaron pasar las primeras noches en su apartamento y le ofrecieron un modesto sueldo a cambio de que les echara una mano en su editorial.

—Os debo una, o más de una —les dijo, y era verdad.

Sus dos antiguas compañeras de facultad le habían facilitado el aterrizaje en Madrid. Poder charlar con ellas y reírse de los

madrileños —tan siesos— le había dado la vida. Como buen gaditano, Antón solía rebosar alegría y buen humor. Eso le daba un atractivo suplementario y, aunque a veces podía resultar algo pesado con sus constantes chascarrillos, tenía mucho éxito con las chicas y hacía amigos con facilidad.

A Sue, que daba clases de inglés en una academia cerca de Sol, la había conocido hacía un par de meses, y enseguida se habían enrollado. Era una inglesa un poco pasada por agua, pero mona y muy simpática. La desenvoltura y gracia del gaditano la conquistaron de inmediato. Él, por naturaleza muy ligón, se prendó de su pelo rubio y de sus larguísimas piernas. Al poco tiempo se mudaron al piso de su amigo.

Hasta que estuvieron instalados, Antón no le soltó la bomba:

—Niña, tú ya sabes que yo estuve casado un par de años y que tengo un hijo, ¿verdad? Pues Jacinto, que así se llama la criatura, vive en Sevilla con su madre, pero de vez en cuando pasa unos días conmigo. Te lo digo para que no te asustes si de repente me ves aparecer con un chiquillo.

Sue, que a menudo no entendía ni palabra de lo que le decía Antón, por su cerrado acento andaluz, esto lo pilló a la primera y, una vez superada la sorpresa, decidió no darle demasiada importancia. Con este españolito simpático estaba para pasarlo bien mientras estuviera en Madrid, y poco más.

Llegó casi puntual a la cita y vio a Serena sentada al fondo del local, cerca de la ventana, como a ella le gustaba. Siempre que la volvía a ver, sobre todo desde que vivía en Madrid, Serena le sorprendía por lo guapa que estaba. No es que antes no lo fuera. De hecho, a él le encantó cuando se conocieron estudiando Filología

inglesa, y salieron más o menos seguido durante todo el curso. Pero entonces tenía menos estilo que ahora. Así, sentada, con un pañuelo largo malva alrededor del cuello que resaltaba el tono rojizo de su pelo largo, estaba francamente resultona.

Sin dejar de hablar en su móvil, le hizo señas para que se sentara y le dedicó una gran sonrisa. Terminó enseguida de grabar un mensaje de voz y guardó el teléfono.

—¡Qué bien que hayas podido venir, Antón! Me alegro mucho de verte. Estás muy guapetón, y además tengo que hacerte una proposición que no podrás rechazar. Pero no me pongas esa cara, que no es lo que crees, malpensado.

—Cómo eres, jefa, si yo no pienso nada. Solo que estás muy guapa y que yo también me alegro de verte, ¡ea!

—Voy al grano, que tengo prisa. Resulta que nos ha llovido del cielo un encargo. Es un milagro, y muy bienvenido, porque, con esto de la crisis, llevamos una racha malísima. Bueno, pues el caso es que, indirectamente, por un amigo de mis padres que está muy metido en política aquí en Madrid y que se mueve mucho y bien, nos han ofrecido publicar las memorias de un tipo bastante conocido pero que a ti ni te sonará, porque siempre estás en las nubes y no sigues las noticias.

»Te explico, verás. Este señor, que ya debe de tener muchos tacos, ha dimitido hace poco de su cargo de asesor internacional, o algo así, del presidente del Gobierno. El asunto ha dado mucho que hablar, porque se ha ido dando un portazo, diciendo que las cosas que ha visto en Moncloa le impiden, en conciencia, seguir trabajando allí. Se ha especulado un montón sobre lo que haya podido descubrir el buen señor, y se piensa que tiene que ser algo muy gordo, que podría

hacerle mucho daño al gobierno. Aunque la presión mediática ha sido enorme, él se ha negado a revelar nada y a dar más explicaciones. Es más, se ha prejubilado —creo que era diplomático, embajador o algo así— y se ha ido a vivir a una casa de campo que tiene en Asturias.

»Pues ahora este amigo de mis padres, que le conoce desde hace tiempo, de no sé qué, se ha empeñado en conseguir que escriba sus memorias y se ha comprometido a publicárselas. Quiere que lo hagamos nosotras, pero tenemos que lograr que el tipo hable de lo de Moncloa. Como comprenderás, las memorias de un diplomático no tendrían de por sí mucho interés. De lo que se trata es de que saquen a relucir los trapos sucios del gobierno. Solo así podríamos estar seguras de que el libro tenga cierto éxito.

»¿Cuál es el problema? En realidad, son varios, o por lo menos dos. Pablo Guzmán de Egea, que así se llama el señor, se ha estado resistiendo como gato panza arriba a dar entrevistas o a escribir nada de nada, y menos aún sus memorias. Ha sido difícilísimo, porque es una persona muy reservada —vive como un ermitaño— y tiene un carácter de lo más especial. Pero le tenemos ya más o menos convencido. ¿Cómo? Pues ofreciéndole que no tenga que escribirlas él. Vamos, que se las escriba un «negro», y ahí entras tú, como te habrás imaginado.

Antón pidió un café solo y siguió escuchando.

—Si no recuerdo mal, ya hiciste algo así en Sevilla, ¿verdad?, cuando escribiste la «autobiografía» —dijo Serena, haciendo el gesto de comillas con los dedos— de aquel torero que era prácticamente analfabeto. Bueno, pues esto sería parecido, aunque mucho más difícil y, por supuesto, más interesante. Lo importante es que ya tienes un poco de experiencia en lo de hacer de «negro» y que escribes

bien. Siempre me ha llamado la atención lo bien que se te da lo de escribir con lo mal que hablas, es como si tuvieras dos registros. Además, somos amigos y confiamos en ti. Este es un proyecto delicado, que debemos llevar con la máxima discreción. Ya te explicaré por qué. Tendrías que irte a vivir a Asturias el tiempo que sea necesario, ganarte la confianza del viejo, hacerle hablar y transcribir lo que te cuente, dándole forma, para que resulte interesante, y hacer todo lo posible para que se explye sobre lo que ha visto en Moncloa. Esa es la clave, no lo olvides. No será fácil, pero Socorro y yo hemos pensado que, si alguien puede lograrlo, ese eres tú con tu don de gentes y esa simpatía que tienes, que siempre te metes a todo el mundo en el bolsillo.

—¡Jesús, qué responsabilidad! Bueno, ya sabes que me encantan los desafíos, pero esto... No sé qué decirte.

—Antes de que digas nada, ten en cuenta que te pagaríamos bien y que correríamos con los gastos que te acarree el desplazamiento. No serían gran cosa porque te instalarías en la finca de este señor, y la vida en una aldea perdida de Asturias debe de ser muy barata. Eso sí, nada de llevarte a novias. Por cierto, ¿sigues con esa inglesa o ya te has hartado de ella?

—Qué borde puedes ser cuando quieres, tía. Déjate de chorradas y dime: ¿de dónde va a salir toda esa pasta? ¿Quién os financia todo esto? ¿Por qué tanto secretismo? No entiendo nada.

—Ni falta que hace. Es todo un poco raro, pero a ti eso no te tiene que preocupar. Suficiente tendrás con lidiar con el viejo y escribir un buen libro.

—Ya... Si tienes razón, pero la cosa me da un poco de mal rollo, la verdad. Aun así, te confieso que me divierte la idea, y el dinero

me vendría fenomenal. Estoy a la cuarta pregunta, y dentro de poco tengo que dejar el piso, porque el dueño está a punto de volver a Madrid. Además, un cambio de aires no me vendría mal. Aquí no consigo escribir. Es como si no tuviera nada que contar o, al menos, nada interesante. Escribo con facilidad, pero, cuando los releo, mis textos me resultan aburridos e insulsos. A lo mejor en Asturias me viene la inspiración, y es verdad que lo de hacer de «negro» no se me dio del todo mal aquella vez. ¡Así que guay, de acuerdo!

»Y, en cuanto a Sue, pues ya encontraré una solución. Siempre podré escaparme a Madrid para verla algún finde, ¿no? Tampoco creo que ella vaya a sentirlo mucho. Últimamente la veo un poco rara. El otro día se quedó tan pancha cuando le dije que estuve casado y que tengo un hijo. Está visto que lo único que nos une es el sexo, que, por cierto, es de primera.

—No quiero detalles, por favor. ¿Entonces te animas? ¿En serio?

—Pues yo creo que sí, Serena. Es una locura, pero ya me conoces...Tendrás que decirme mil cosas más. Por ejemplo, ¿cuándo tendría que empezar?

—Cuanto antes. No vaya a cambiar de opinión don Pablo, que así le llama todo el mundo. Tenemos mucho interés en este proyecto, Antón. Nuestro benefactor me ha dicho que, si lo de este libro sale bien, puede hacernos otros encargos. Vamos, que esto puede ser la salvación para la editorial. ¡Así que no nos puedes fallar!

Se despidieron rápidamente y Antón se quedó pasmado, con la cabeza en blanco, sin saber qué hacer. Dio unas cuantas vueltas por los grandes espacios abiertos de Matadero. Estaba como en una nube, una mezcla de incredulidad y felicidad. Su talante decidido y optimista pudo más que sus recelos, y pensó que le había tocado la